

Apoyaba estas santas máximas con tales ejemplos para hacer comprender la necesidad de una vida laboriosa y mortificada. Ahí va uno sobre la humildad digno de los más ilustres Padres de la soledad: « No es, decía, la rigidez de la observancia monástica, ni las vigiliias, ni las otras austeridades corporales lo que opera la salud, es la humildad sincera. » — « Había, añadía para confirmar esta hermosa verdad, un santo anacoreta á quien Dios había concedido el don de echar el demonio de los cuerpos de los posesos. Un día preguntó al espíritu maligno por qué virtud había sido obligado á salir de esos cuerpos. « ¿ Es, decía, por el ayuno? » — « Nó, le respondió, el demonio, pues también nosotros ayunamos. » — ¿ Es pues por las vigiliias? » preguntó el anacoreta. — « De ningun modo, contestó el demonio; pues nosotros jamás dormimos. » — « Será, pues, por el retiro del mundo? » dijo el anacoreta. — « Tampoco es por esto, dijo el demonio; pues nosotros andamos errantes por los desiertos. » — « ¿ Por que virtud, pues, se os echa? » repitió en fin el anacoreta. El demonio respondió: « No hay nada que triunfe tanto de nosotros como la humildad. » Ved pues, concluía la piadosa Teodora, como la humildad es la virtud que nos hace victoriosos del demonio. Ella no quería que se dejase la celda á causa de la tentación, porque esta nos sigue en cualquier lugar donde vayamos. Sobre lo cual decía que un día un solitario oprimido por muchas tentaciones de que estaba como asediado, dijo dentro de sí mismo. « Me debo retirar de aquí; » y en efecto cogió sus sandalias con la intención de irse; pero al momento el espíritu tentador se le apareció en figura humana, cogiendo como él las sandalias para partir, diciéndole: « ¿ Es por mí que quieres salir de aquí? « Yo te declaro que á cualquier lugar que vayas allí te precederé. »

Ahí va una excelente lección que daba á los que han sido elegidos para gobernar ó elegir á los otros, lo cual debería

estar profundamente grabado en los corazones de los superiores y superiores de las casas religiosas: « Aquel, decía, que está destinado para dirigir las almas debe renunciar al deseo de dominar. Debe arrojar lejos de su corazón todo sentimiento de vanagloria. Nunca se debe hinchar de orgullo. No debe amar la adulación, ni recibir presentes que sólo sirven para cegar el espíritu. No debe ser esclavo de su vientre, ni sujeto á ponerse en cólera sino que debe ser paciente, dulce, humilde, según se lo permita el lugar que ocupa; debe tener rectitud y probidad; debe saber condescender á propósito, y en fin debe procurar que el amor que tiene por el alma de sus hermanos lo lleve á emplear todos sus cuidados para ella. »

En fin, una pregunta que hizo á Teófilo de Alejandría nos ha enseñado una excelente sentencia de este patriarca, que con muy buena voluntad recibiríamos de la boca de san Juan Crisóstomo de quien aquel fué injusto perseguidor. Pidió á este prelado lo que san Pablo nos quería dar á entender cuando nos recomendaba *redimir el tiempo*; y él le respondió que *redimir el tiempo* era aprovechar las ocasiones de ejercer actos de virtud: « Por ejemplo, le decía, se os hace un ultraje, se os dice una injuria; debeislo sufrir con humildad, con paciencia, y podréis decir que comprais el tiempo de este ultraje, y de esta injuria por vuestra virtud, y que esto es un lucro para vuestra alma. Y así en otras ocasiones. »

No haremos más que transcribir aquí lo que Paladio cuenta de la virgen Piamia, de la cual los Griegos hacen mención en sus *Meneos* y que los Bolandistas ponen en el 3 de Marzo. Esta santa virgen pasó toda su vida con su madre, sin que hubiera en su casa nadie más que ellas dos. Se ocupaba en hilar lino, y no comía más que por la noche. Dios la favoreció con el don de profecía, lo que principalmente se manifestó en esta ocasión. Algunas aldeas de

Egipto disputaban entre sí sobre la distribución de las aguas cuando el Nilo se desbordaba; estas disputas encendían entre ellos las guerras, en las cuales algunas veces perecía mucha gente. Sucedió que muchos habitantes de la aldea, mucho más poderosa que aquella en que moraba Piamia, tomaron las armas y se presentaron para embestirla y devastarla.

El Señor que la quería salvar por las preces de esta santa hija, le reveló su designio; y ella dió aviso á los sacerdotes; diciéndoles que les salieran al encuentro para pedirles la paz, sin lo cual se debía temer que harían perecer á todos los habitantes. Los sacerdotes que conocían su virtud, no dudaron de la verdad de cuanto les decía, y llenos de horror, le respondieron que no osaban presentarse á ellos, porque conocían su brutalidad é insolencia. « Pero, añadieron, si vos nos queréis salvar á nosotros y vuestra propia casa, y todo lo restante de la aldea salidles vos misma al encuentro, y haced que nos dejen en paz. »

La piadosa hija no se pudo resolver á salir de su retiro; pero recurrió á la oración, y pasó toda la noche derecha en su casa, diciendo á Dios con viva fé: « Señor, que sois el juez de todos los hombres, y á quien nada injusto podría agradar; haced, si os place, que cuando mi oración llegue á vuestros oídos, en cualquier lugar que se encuentren aquellos que vienen para arruinarnos y perdernos, queden por vuestro poder tan inmóviles como una columna. »

Como ella hubiera concluido su oración cerca de la hora de Prima, los enemigos, que entonces estaban á tres millas, ó una legua de la aldea, instantáneamente quedaron parados sin poderse mover poco ni mucho. Supieron que esto era efecto de las preces de la virgen Piamia, esta fiel servidora de Jesucristo, y enviaron á pedir la paz á su aldea diciendo: « Dad gracias á Dios y las preces de Pia-

mia, que nos han impedido de haceros mucho daño. »

Habia en Alejandría, en sus afueras, vírgenes de las cuales unas vivían en comunidad y otras vivían en celdas particulares. Isidoro el Hospitalario tenía una hermana que moraba en una comunidad de setenta vírgenes en el vecindario de la ciudad. Dióscoro, Amonio, Eusebio y Autimio sobre llamados los *grandes Hermanos*, por ser hermanos según la carne y todos de una estatura aventajada, tuvieron también hermanas que moraban en el desierto á una distancia considerable del monasterio de Amonio. Hemos hablado en la *Doctrina espiritual* de san Isidoro de Pelusia, de una carta que escribió á las religiosas llamadas Sandalarias, parece porque llevaban sandalias; pero nada más sabemos de estas religiosas. Paladio nos ha explicado en pocas palabras la excelente conducta de una religiosa reclusa cerca de Alejandría, según la relación que de ella le había hecho el sabio Didimio. Esta piadosa hija se llamaba Alejandra. Estando un joven perdidamente enamorado de ella, esta se determinó á encerrarse toda viva en un sepulcro antes que dañar á una alma que Dios había criado á su imagen. Ella también decía que no le había visto su rostro y que sólo le había hablado por una pequeña abertura.

Los ejercicios de su retiro consistían en orar, meditar é hilar lino. Oraba desde la mañana hasta Nona. Empleaba una hora en hilar; en el tiempo restante hacía consideraciones sobre la vida de los santos patriarcas y de los profetas, y sobre los combates de los apóstoles y de los mártires. Cuando la noche había llegado comía pan y todavía permanecía en oración una gran parte de la noche. Pasaba así su vida aguardando la hora en la cual su alma se separase de su cuerpo, para presentarse delante de Jesucristo, en quien había puesto toda su esperanza.

Esta excelente virgen combatió por espacio de diez años,

y sintiendo que su fin estaba próximo, puso su cuerpo en el estado en que deseaba lo encontrasen después de su muerte, y volvió su alma á Dios. Una muger que ordinariamente le llevaba cuanto necesitaba, viendo que no le respondía dió aviso de ello á la villa. Fueron al sepulcro y encontraron que había pasado á mejor vida.

Colocaremos aquí una historia muy digna de ser relatada, que se encuentra en el libro sexto de la *Colección de las Acciones y Sentencias notables de los Padres*. Puede ser que la piadosa virgen de que allí se habla y cuyo nombre no se expresa, morara lejos de Alejandria; pero al menos era en alguna soledad ó aldea próxima á los desiertos de Nitria ó de Scete. Un anciano Padre decía que había visto á esta hija muy adelantada en edad y aun más en la virtud, á quien preguntó como se había engolfado en el estado santo que había abrazado. Al principio no le respondió más que con gemidos y suspiros, y entrando en discurso le dijo que había tenido un padre de una piedad extraordinaria; que era dulce, paciente, modesto y tan retirado en su hogar doméstico, que apenas se apercibía que estuviera en su aldea. Él se ocupaba en cultivar su campo cuyos frutos traía exactamente á su casa para el sustento de su familia; pero como tenía una salud muy delicada, con frecuencia estaba obligado á guardar cama, donde sufría su mal con tanta paciencia, que bien lejos de formular la menor queja guardaba un silencio riguroso. Su vida se pasó así en el trabajo y en los sufrimientos; lo que es mas extraordinario, que cuando hubo muerto después de una larga y penosa enfermedad, hizo una tempestad tan grande acompañada de relámpagos, truenos y lluvias, que durante tres dias no se pudo salir de su casa para llevar su cuerpo á la sepultura; de suerte que los habitantes consideraron este accidente como una señal que el muerto había sido tan poco amado de Dios, como considerado había sido de los hombres. En

fin continuando la lluvia, lo llevaron á la tierra como pudieron sin la menor pompa fúnebre. Muy al contrario sucedió con su madre. Ella era tan mala como bueno su padre, tan maléfica como él silencioso, tan locuaz como él retirado. Ella estaba sujeta al vino añadiendo á todos estos defectos un gran libertinaje, sobre todo después de la muerte de su marido. Sin embargo, en cuanto éste había vivido en la aflicción y en la humillación durante su vida y aún en su muerte, en tanto esa malvada mujer había tenido prosperidad, habiendo gozado de una salud perfecta y de todos los placeres del mundo, y habiendo después de su muerte sido acompañada á la sepultura, por un considerable número de personas con todos los honores que se pueden tributar á las personas de un mérito distinguido.

« Este contraste de un hombre justo, afligido, y de una mujer que tanto había participado de las satisfacciones de este mundo, dice la Virgen de que hablamos, me conmovió, y estando en edad de raciocinar y de determinarme sobre el partido que debía tomar, pensé en mí misma si me convendría más seguir las huellas de mi madre, que imitar la virtud de mi padre; pues, decía yo en mi alma, ¿ que bien le ha reportado á mi padre su piedad? Él ha sufrido toda su vida penas y enfermedades y su fin ha sido sin honor. Mi madre, al contrario, ha gozado de los placeres todo el tiempo que ha vivido, y su muerte ha sido acompañada de muestras de estimación por parte de las gentes que la conocieron. Es, pues, más razonable seguir esto que vemos, que aguardar aquello que no vemos y que por lo mismo es muy incierto. »

En estos pensamientos se durmió, cuando Dios, lleno de misericordia, se dignó por un efecto de su infinita bondad, sacarla de su ceguera, manifestándole en un sueño misterioso el estado del alma de su padre y de su madre en la otra vida. Durmiendo le pareció ver un hombre de una

talla extraordinaria, quien mirándola con ojo amenazador, le preguntó con cólera en que pensaba. Ella quedó estupefacta, y no atreviéndose en su horror á levantar los ojos, le respondió que no lo sabía. Mas este mismo personaje levantando la voz de una manera terrible, le reprochó todo aquello que había pasado en su corazón, de suerte que, aun más aterrorizada, no pudiendo ya negar la verdad se arrojó á su piés, y le pidió perdón confesando toda la malicia de sus sentimientos.

Entonces este personaje le dijo: « Ven y verás las suertes diferentes de tu padre y de tu madre, y escoge enseguida el estado de vida que quieras. Al momento se encontró transportada en espíritu á una campiña deliciosa, en donde había todo cuanto la naturaleza puede ofrecer de hermoso y arrebatador en árboles, en frutos, en flores de una belleza inenarrable. Así que hubo entrado en ella, vió á su padre que le salía al encuentro quien la abrazó la besó con ternura, y la llamó su hija muy amada. Ella hubiera deseado quedarse allí con él y le rogó le concediera esta gracia; pero él le respondió que esto no se podía hacer aún, y que un día moraría allí si marchaba sobre sus huellas. No obstante, ella continuaba rogándole que la dejara permanecer allí; pero el personaje que le había hecho ver este delicioso lugar la cogió por la mano y le dijo: Ven á ver á tu madre que arde en las llamas, y delibera en seguida sobre la elección de vida que debes hacer. »

La condujo, pues, á una mansion tenebrosa en donde sólo se oían gritos y ruidos horrorosos. Al mismo tiempo le mostró un horno profundo, cuya entrada estaba guardada por hombres que no se podían ver sin horrozirse. Le dijo que mirara por la abertura de este horno lo que había dentro, y ella vió un estarque de azufre encendido en el cual su madre estaba sumergida hasta el cuello, la cual

crugía los dientes en medio de aquellas brasas con las cuales era horriblemente atormentada, además de la cantidad prodigiosa de gusanos que se paseaban por todo su cuerpo. Cuando se hubo despertado revocó la visión que había tenido durmiendo. Su elección fué bien pronto hecha. Ya no siguió más que los pasos de su padre y perseveró hasta una gran vejez en la fidelidad que desde entonces prometió á Dios¹.

¹ El Padre Marin habla aquí de las Vidas de las santas Eufrosinia y Teodora, penitentes, diciendo: « Como sus actos no nos han parecido bastante autorizados en todo para relatarlos por extenso, nos bastará notar en pocas palabras lo que contienen. » En lugar de reproducir el resumen del P. Marin, suprimimos estas dos Vidas que por otra parte no ofrecen interés alguno particular, y que no se podría dar sin analizar á lo menos las discusiones á que han dado lugar.